

conducido al suplicio en la carroza enlutada; á pesar de esto pusiéronle en un chirrión y lo amordazaron, y el verdugo, que sólo á medias lo decapitó con su hachazo, le cogió las orejas para sujetar la cabeza mientras que sus ayudantes le aserraban el cuello. Muy pocas personas, una de ellas Voltaire, salieron á la defensa de aquel desgraciado que había cometido ciertamente muchas faltas, pero á quien no se podían en justicia achacar las faltas de todos y especialmente del mayor culpable, el gobierno, que lo había elegido, aun sabiéndote impropio para una misión tan difícil, y que con su política continental se había imposibilitado de enviar socorros á la India. La opinión pública quedó expresada en una carta ruin de la señora Du Deffand á Walpole: «Lally ha muerto como un rabioso... Como se tenía que se tragase la lengua, pusiéronle una mordaza... Ha causado general satisfacción todo lo que ha hecho más ignominioso el suplicio, el chirrión, las esposas, la mordaza. El verdugo ha tranquilizado al confesor que tenía miedo de ser mordido... Lally era un gran bribón y por añadidura muy desagradable...»

#### IV. — El tratado de París

Choiseul no había cesado de negociar para obtener la paz é intentó tratar separadamente con Inglaterra, aceptando la mediación que le brindó Carlos III, quien en 1759 ocupó el trono de España por muerte de su hermano Fernando VI. Excusóse con la corte de Viena y en una carta dirigida en 29 de octubre á su primo, Choiseul Praslin, embajador cerca de la emperatriz, hablaba del gran esfuerzo que había hecho para la campaña de 1759, por tierra y por mar, y recordaba nuestras «desgracias militares.» Lamentábase de que los «aliados poderosos» de Francia no hubiesen puesto «con sus victorias peso en la balanza,» y confesaba el agotamiento del reino: «Nuestro crédito, que constituía la gran rama de nuestro poder, está aniquilado.» El rey hizo «una especie de bancarrota,» y para pagar á las tropas en el mes de noviembre hablóse en consejo de enviar á la Casa de la Moneda las vajillas del monarca y de los particulares. Era aquel un «estado espantoso,» y, por consiguiente, «no hay compromiso que valga contra lo imposible.» Él no quería indudablemente abandonar á la emperatriz: «No firmaremos la paz terrestre sin ella, de año en año nos destruiremos en favor suyo; pero es preciso advertirle que las circunstancias nos obligarán á firmar la paz, en cuanto sea posible.»

Aquella tentativa de una paz separada con Inglaterra y la intimidad que comenzaba á establecerse entre Francia y España disgustaban á Viena; también en Londres tomóse muy á mal la intervención española. Después de varias gestiones de agentes y de conferencias entre Inglaterra y Holanda, en la primavera de 1760 se interrumpieron las negociaciones porque Inglaterra rechazaba la idea de un tratado en el que no estuviese comprendido el rey de Prusia; pero á fines del mismo año, después de la muerte de Jorge II, se reanudaron, tratándose entonces de la reunión de un congreso general que se efectuaría en Augsburgo y que, sin embargo, no se celebró. En julio de 1761, Pitt redactó un *ultimatum* altanero y rencoroso, y Bussy, que era entonces embajador de Francia en Londres, explicó á Choiseul,

en una carta de agosto de 1761, el poder de que gozaba Pitt:

«Este ministro es, como sabéis, el ídolo del pueblo, que le mira como al autor único de sus triunfos y que no tiene la misma confianza en los miembros del Consejo. La corte y sus partidarios se ven obligados á guardar las mayores consideraciones á los caprichos de un pueblo fogoso, al que es peligrosísimo contrariar hasta cierto punto. El Sr. Pitt une á la reputación de la superioridad de ingenio y de talentos la de la probidad más exacta y del más singular desinterés... No es rico y nada hace para serlo; sencillo en sus costumbres y en su representación, no busca la ostentación ni el fausto; no hace á nadie la corte ni admite que nadie se la haga á él; y ni grandes ni pequeños son recibidos en su casa como no tengan que hablarle de negocios. Es muy elocuente y tiene seguridad y método, pero es también capcioso y confuso y posee todas las artimañas de un hábil procurador. Es valiente hasta la temeridad, sostiene sus ideas con ardor y con una tenacidad invencible y quiere sojuzgar á todo el mundo con la tiranía de sus opiniones. El Sr. Pitt parece no tener más ambición que la de elevar á su nación al pináculo de la gloria y rebajar á Francia hasta el último grado de la humillación.»

A pesar de todo, entabláronse negociaciones sobre la base del *ultimatum* inglés, obrando Francia y España de común acuerdo. Bussy presentó las reclamaciones de España y apoyó la demanda por ésta formulada del derecho de pesca en Terranova; por lo que Pitt, que habría preferido, según él mismo decía, dar á los españoles «la torre de Londres,» escribió á Bussy:

«Debo declararos muy francamente en nombre de S. M. que no tolerará que las disputas de España se mezclen en modo alguno en las negociaciones de paz entre ambas coronas... Además, no se admite que Francia tenga nunca el derecho de meterse en esas discusiones entre la Gran Bretaña y España.»

Entonces Choiseul hizo llegar á manos de Carlos III una memoria en la que ponía en parangón la conducta de Inglaterra y la de Francia, y en estas condiciones se firmó el «pacto de familia.»

La idea de una alianza entre Borbones no era nueva, puesto que los Borbones de Versalles, de Madrid y de Italia ya se habían unido en los tiempos de la sucesión de Polonia y de la sucesión de Austria; pero Choiseul le dió toda su amplitud. Por el pacto de 15 de agosto de 1761, los reyes de Francia y de España se garantizaban recíprocamente sus Estados y posesiones; cualquier ataque contra uno de ellos obligaría al otro á prestarle inmediato auxilio, para lo cual se fijaban ya los contingentes; y no podría firmarse paz alguna sino de común acuerdo. En aquel pacto serían admitidos los Borbones de Parma y de las Dos Sicilias; y, en efecto, muy pronto se adhirió á él don Felipe de Parma y Fernando de Nápoles; además, podría hacerse extensivo á los reyes de Portugal y de Cerdeña. La concepción era vasta: Francia, España y la Italia borbónica se habrían encontrado aliadas entre sí y con Austria, la amiga de Francia, constituyendo una gran liga católica enfrente de los Estados protestantes, Prusia é Inglaterra; pero no pudo realizarse por entero, pues ni Portugal ni Cerdeña se adhirió á ella. De todos modos, lo esencial

de la combinación era la estrecha unión de Francia y España que realizaba la esperanza de Luis XIV y que más adelante, en tiempo de la guerra de la independencia americana, prestará á Francia grandes servicios. Pero, por desgracia, en aquellos momentos España no podía aportar un concurso de fuerzas suficientes á la Francia vencida y extenuada; bien se vió después que España hubo declarado la guerra á Inglaterra en 1.º de mayo de 1762.

En aquella fecha había ocurrido en Inglaterra un suceso de gran trascendencia. El advenimiento de Jorge III al trono, en 27 de octubre de 1760, había quebrantado el poder de Pitt; éste, á quien el nuevo rey no quería y que continuaba mostrándose intransigente con Bussy, al que decía, en agosto de 1761, que no le parecía llegado aún «el feliz momento de la paz,» fué destituido en 5 de octubre de aquel mismo año. Su sucesor, Lord Bute, era de carácter menos intratable, pero necesitaba contar con el partido militar, con el partido de los comerciantes y con el pueblo, de quien Pitt era el ídolo. La intervención de España fué un gran argumento para los partidarios de la guerra, pues ella daba ocasión para arruinar la marina y el comercio de España y atacar las Indias españolas. En agosto de 1762, los ingleses habían conquistado la Habana. ¿Por qué habían de detenerse en tan hermoso camino? Sin embargo, en 3 de noviembre de 1762 se firmaron los preliminares de Fontainebleau que, en 10 de febrero de 1763, se convirtieron en el tratado de París.

Francia recobraba la Martinica, la Guadalupe y Belle-Isle, á cambio de la restitución de Menorca á Inglaterra; obtenía bajo condiciones complicadas, estipuladas en términos dificultosos, el derecho de pesca en Terranova, y los islotes de San Pedro y de Miguelón; cedía su imperio de las Indias, en el que sólo conservaba (y aun á condición de no reclutar en ellas tropas) las factorías de Chandernagor, Yanaón, Karikal, Mahé y Pondichery, y cedía también su imperio de América, las islas de la Dominica, de San Vicente, de Tabago, de Granada y de las Granadinas, el Canadá, la isla del Cabo Bretón, las islas del San Lorenzo, el valle del Ohío y la margen izquierda del Missisipi. España, para recobrar la Habana, cedió á los ingleses la Florida, y Francia, para indemnizar á España, le dió la Luisiana, siendo éste el primer efecto del pacto de familia. Finalmente, Francia cedió el Senegal, en donde no conservó más que la isla de Gorea.

Algunos meses después, en 15 de febrero de 1763, el tratado de Hubertsburgo ponía término á la guerra continental, volviendo las cosas al ser y estado que tenían antes de la guerra. El rey de Prusia, que había recuperado la Pomerania, evacuada por Suecia, en virtud de un tratado firmado en Hamburgo en mayo de 1762, conservó la Silesia. Inglaterra y Federico eran los vencedores en aquella gran guerra.

La resistencia de Federico, rey de dos millones quinientos mil súbditos, á los ataques de tantos enemigos, que parecían mucho más poderosos que él, fué el asombro del mundo entero; la fuerza que reveló ha sido duplicada por la admiración que inspiró en todas partes, y que fué profunda en Alemania en donde exaltóse el sentimiento patriótico tan duramente puesto á prueba

durante largo tiempo. En la persona del rey de Prusia anunciábase un protector de Alemania mucho más temible para Francia y para todos los Estados acostumbrados á pescar en las aguas turbias alemanas, que lo había sido el Austria. La guerra de Siete Años hizo á Prusia gran potencia alemana y gran potencia europea. Inglaterra es resueltamente la señora de los mares; la marina francesa, por ella destruída, podrá renacer; pero ¿qué concurso de circunstancias no se habría necesitado para que Francia recobrara sus perdidos imperios? Y estas circunstancias no habían de presentarse.

En Francia, el sentimiento nacional ha sido ofendido violentamente por tantos desastres que ni siquiera habían dejado á salvo el honor. Aplaudían á Federico; se le celebraba en verso y en prosa, se componían canciones sobre los ministros que dirigían la política, sobre los generales que mandaban los ejércitos y hasta canciones alegres sobre los mismos desastres. Y es que la opinión no ponía interés alguno en los hechos y en los actos de un gobierno y de una corte que perdían toda autoridad, toda influencia sobre la nación. Mas no por ello dejaba de comprenderse la importancia que Francia perdía en el mundo y se opinaba lo que escribía el cardenal de Bernis en un juicio sobre el papel de los diversos Estados antes y durante la guerra: «El nuestro ha sido extravagante y vergonzoso.»

### CAPITULO III

#### LA PROPAGANDA FILOSÓFICA (I)

I. Formación del partido filosófico. La Enciclopedia. — II. El patriarca de Ferney. — III. Rousseau.

#### I. — Formación del partido filosófico. La Enciclopedia

«El comedio del siglo — escribe d'Alembert — parece destinado á formar época en la historia del espíritu humano á causa de la revolución que, al parecer, se prepara en las ideas.» En efecto, Montesquieu publicaba

(1) FUENTES: D'Argensón (t. VII), Barbier (t. III y IV), Señora du Deffand, Dufort de Cheverny, Sra. de Epinay, Grimm, Henault, ya citados. D'Alembert, *Œuvres et Correspondance inédite*, pub. por Henry, París, 1886. *Encyclopédie: Discours préliminaire* (t. I, París, 1751). Diderot, *Œuvres complètes*, París, 1875-1877, 20 vol. Bachaumont, *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres depuis 1762 jusqu'à nos jours*, Londres, 1777-1789, 36 vol. (los siete primeros volúmenes). Rousseau (J. J.), *Œuvres* (ed. de 1826) y especialmente *Art. sur l'économie politique; Disc. sur les sciences et les arts; Disc. sur l'inégalité* (t. II); *Lettre sur les spectacles* (t. II); el *Emile* (t. III, IV y V); el *Contrat social* (t. VI); *Lettre à Christ. de Beaumont* y *Lettres de la montagne* (t. VII); *La nouvelle Héloïse* (t. VIII, IX y X); las *Confessions* (t. XV, XVI y XVII). Voltaire, *Œuvres* y especialmente *Correspondance*, ed. Garnier; los *Quand*; los *Car*; el *Plaidoyer pour Ramponneau*; el *Extrait des sentiments de Jean Meslier*; el *Sermon des Cinquante* (t. XL, ed. Beuchot); el *Traité de la tolérance* (t. XLI); las *Guèbres* (t. IX); la *Histoire du Parlement* (t. XXII); el *Dictionnaire philosophique* (t. XXVI á XXXII); el *Essai sur les mœurs*, ed. Beuchot; *Le Siècle de Louis XIV*, ed. Rebillion y Marion, París, 1892; Longchamp y Wagniere, *Mémoires sur Voltaire et ses ouvrages*, 2 vol., París, 1825. *Lettres de Mmes. de Graffigny, d'Épinay, Suar...* (sobre su estancia al lado de Voltaire), pub. por Asse, París, 1878. Señorita de Lespinasse, *Lettres*, pub. por Asse, París, 1876; y *Lettres inédites*, pub. por Henry, París, 1887. Condillac, *Œuvres complètes*, 21 vol., París, 1821-22. D'Holbach, *Système de la Nature*, París, 1770, 2 vol. Palissot, *Œuvres*, 4 vol., 1788. *L'Année littéraire*, pub. por Fer-

el *Espíritu de las Leyes* en 1748; Buffón, el primer tomo de su *Historia Natural* en 1749; Rousseau, el *Discurso sobre las ciencias y las artes* en 1750; Diderot, el primer volumen de la Enciclopedia en 1751. Entonces «los Filósofos» llegaron a ser un partido importante. Aunque muy diferentes unos de otros, divididos en ateos y deístas y separados por antipatías y envidias personales, coincidían en la confianza en la razón, en el amor a la humanidad y en el respeto a la persona humana y a sus derechos naturales. Creían en la bondad original del hombre y en su perfectibilidad, y una especie de optimismo, perspicaz en algunos, y una facilidad asombrosa de esperar infundíanles la idea, entonces nueva, del progreso indefinido. Finalmente, aquellos enemigos de las religiones que conservaban el don de la fe y del entusiasmo, soñaban con unir a los hombres por medio de las luces filosóficas al modo que por una nueva religión.

«¡Oh Naturaleza, Soberana de todos los seres! — escribe Diderot como conclusión al *Sistema de la Naturaleza* de Holbach, — y vosotras, sus hijas adorables, virtud, razón, verdad, sed para siempre más nuestras únicas divinidades; á vosotras son debidos el incienso y los homenajes de la tierra. Enseñanos, pues, ¡oh Naturaleza!, lo que el hombre ha de hacer para conseguir la felicidad que tú le haces desear... Inspirad valor al ser inteligente; dadle energía; que ose al fin amarse, estimarse, apreciar su dignidad; que se atreva á emanciparse, que sea feliz y libre; que nunca sea esclavo sino de vuestras leyes; que perfeccione su suerte, que quiera á sus semejantes; que goce y haga gozar á los demás.»

En el siglo XVIII sólo dos órdenes de conocimientos estaban constituidos en ciencias: la teología y las matemáticas. Los Filósofos adoptaron el método de las matemáticas, cuyos cálculos tan grandes descubrimientos

rón, á partir de 1754. *Lettres de quelques Juifs... à M. de Voltaire*, por el P. Guenée, 1769

OBRAS DE CONSULTA: Aubertin, *Texte, Rocquain*, Lanson, Faguet, Desnoiresterres, Lion, Bertrand, ya citados. — Brunel, *Les Philosophes et l'Académie française*, París, 1884. Broche, *Une époque* (Montesquieu, Rousseau, Locke), París, 1905. Roustan, *Les Philosophes et la Société française au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1906 (abundante bibliografía, págs. 439-449).

Lanson, *Voltaire*, París, 1906 (indicaciones bibliográficas). Champión, *Voltaire, Etudes critiques*, París, 1892. Brunetiere, *Etudes critiques*, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> series (Voltaire y Rousseau), París, 1887. Mauras, *Querelles de philosophes, Voltaire et Rousseau*, París, 1886.

Beaudoin, *La vie et les œuvres de J. J. Rousseau*, 2 vol., París, 1891 (con bibliografía). Chuquet, *J. J. Rousseau*, París, 1893 (Colección de los Grandes Escritores franceses). Bredif, *Du caractère intellectuel et moral de J. J. Rousseau*, París, 1906. E. Rod, *L'Affaire J. J. Rousseau*, París, 1906. J. Lemaitre, *J. J. Rousseau*, París, 1907. Mornet, *Le sentiment de la nature, de J. J. Rousseau à Bernardin Saint Pierre*, París, 1907. Ducros, *Rousseau* (1712-1757), París, 1908. Macdonald, *La légende de J. J. Rousseau*, traducción francesa de Roth, París, 1909. Véanse también los «Anales de la Société J. J. Rousseau» publicados en Ginebra á partir de 1905.

Rosenkrantz, *Diderot's Leben und Werke*, Leipzig, 1866. Ducros, *Diderot*, París, 1894. J. Morley, *Diderot and the Encyclopædists*, Londres, 1886, 2 vol. Bertrand, *D'Alembert*, París, 1889. Ducros, *Les Encyclopédistes*, París, 1900. Perey y Maugras, *Une femme du monde au XVIII<sup>e</sup> siècle* (Sra. de Epinay), París, 1883. Asse, *Mlle. de Lespinasse et la marquise du Deffand*, París, 1877. Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse*, 8 vol., París, 1859. Lichtenberger, *Le socialisme au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1895. Cruppi, *Un avocat, journaliste au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Linguet, París, 1859.

habían producido, y también el de la teología, á pesar de ser librepensadores, y de ciertos principios dedujeron consecuencias; pero en su mayoría ignoraban la importancia de la observación y de la experiencia y el poder de los hechos, y no confesaban la existencia de un algo incognoscible, creyendo que ningún misterio es impenetrable á la razón.

De la razón esperaban el descubrimiento de una ciencia política y social que estableciese una sociedad justa, fraternal y dichosa; formábase del hombre una idea abstracta y por demás simple, y su ciencia social determinaba con sobrada precipitación aplicaciones prácticas. De Holbach definía la razón: «conocimiento de la felicidad» y de los medios de alcanzarla. Hiciéronse la ilusión de que buenas leyes bastarían para crear la sociedad ideal; y así Diderot decía: «Si las leyes son buenas, buenas son las costumbres,» y Helvetius: «Los vicios de un pueblo están escondidos en su legislación; allí hay que excavar para arrancar la raíz de sus vicios;» y añadía: «El buen legislador hace al buen ciudadano.» Este fué su error capital, además de su prisa por conseguir su objeto y por sacar deducciones, que ha hecho que ninguno de ellos haya dejado un verdadero monumento filosófico.

Entre los Filósofos, sólo uno ha ocupado un puesto en la historia de la filosofía propiamente dicha, el abate de Condillac (1), jefe de la escuela sensualista y discípulo de Locke, aunque sin profesar todas las doctrinas del maestro. En su obra más conocida, *Traité des Sensations* (*Tratado de las Sensaciones*), publicada en 1754, supone una estatua dotada sucesivamente de todos los sentidos y muestra cómo las diferentes sensaciones bastan para despertar en ella la atención, la memoria, la abstracción, las pasiones, etc. «El yo de cada hombre, dice, no es más que la colección de las sensaciones que experimenta y de las que la memoria le recuerda; es á la vez la conciencia de lo que es y el recuerdo de lo que ha sido.» De suerte que, según esto, todo el espíritu se explicaría, al parecer, por la sensación transformada. Pero Condillac añade que hay en el hombre un principio intelectual y que un sujeto único, el alma, siente con ocasión de los movimientos de los órganos. Creía en una moral innata, rechazaba las teorías demasiado audaces y no intervenía en las polémicas de su tiempo. Su sistema seducía por su sencillez, por su lógica y por su claridad, cualidades que él consideraba superiores á todas las demás. Teórico del lenguaje, pensaba que los «signos» no sólo acompañan á las ideas, sino que, además, sirven para formarlas; que las denominaciones son la condición de las ideas abstractas y, por consiguiente, del raciocinio; es menester, pues, «formarse ideas precisas» y fijarlas «por medio de signos constantes.» «Todo el arte de razonar, dice, se reduce al arte de hablar bien;» y él hablaba claramente, puramente. Nombrado preceptor del príncipe de Parma, escribió para uso de su discípulo un *Cours d'Etudes* (*Curso de Estudios*) en donde se encuentran puntos de vista nuevos y justos sobre el lenguaje y la literatura, distinguiendo en las obras el enlace de las ideas, que depende de la razón, siempre la misma en todas partes, y el carac-

(1) Condillac (Esteban Bonnot, abate de) nació en 1714 y murió en 1780.

ter y el estilo, distintos según los climas y las naciones y á los que hay que apreciar en la medida en que hacen valer el enlace de las ideas. Esta teoría es la de un lógico enamorado de la razón crítica, pero que sabe tener en cuenta los genios diferentes de los pueblos.

Un libro del barón de Holbach (1), el *Système de la Nature* (*Sistema de la Naturaleza*), publicado en 1770, aun sin contener ninguna teoría nueva, merece ser citado como el resumen más completo de las ideas materialistas de la época. De Holbach niega todo misterio: «Nada hay ni puede haber fuera del recinto que encierra á todos los seres.» «Las ilusiones espiritualistas son errores de física.» «Una substancia espiritual que se mueve y se agita implica contradicción.» El hombre moral no es sino un aspecto del hombre físico, efímero, lanzado en la inmensidad del mundo; á este ser la sociedad ha de darle leyes en las cuales el interés de cada uno se confunda con el interés de todos. «El ciudadano no puede estar unido á la patria, á sus asociados, más que por el lazo del bienestar; si este lazo se rompe, queda de nuevo en libertad.» La moral no puede fundarse en la voluntad de Dios, «déspota feroz que es visiblemente el pretexto y la fuente de todos los males que por todas partes asaltan al género humano.»

No todos los Filósofos aprobaban esas negaciones violentas, pero todos se juntaban para luchar contra la teología y contra el clero; reivindicaban la libertad de pensar y de escribir contra la Iglesia, para cuya defensa los tribunales sometían á una censura los libros, los folletos y hasta los prefacios de las tragedias, y con mucha frecuencia ordenaban su «quemar,» y todos atacaban los abusos eclesiásticos y se aprovechaban del descrédito en que había caído la Iglesia, la cual reclamaba incesantemente la defensa del Estado y se olvidaba de realizar dentro de sí misma las reformas necesarias.

Diderot y d'Alembert fueron los primeros jefes de esa oposición. Diderot (2), hijo de un cuchillero de Langres, fué educado en el colegio de Jesuitas de su ciudad natal y terminó sus estudios clásicos en el colegio de Harcourt, en París. Al salir de éste, hallóse sin recursos y entró en el despacho de un procurador, con el pretexto de estudiar derecho, pero no abrazó una profesión regular, á fin de consagrarse por entero á la literatura. Aprendió matemáticas, inglés é italiano; para vivir, compuso sermones por un precio alzado; hizo preceptor, trabajó para los libreros y en algunas ocasiones procuróse dinero por medios más divertidos que honrados. Su curiosidad era universal; tradujo libros ingleses, la *Historia de Grecia* de Stanyan, el *Ensayo sobre el mérito y la virtud* de Shaftesbury y un diccionario de medicina; y escribió un elogio entusiasta de Richardson, el célebre novelista, autor de *Clarissa Harlowe* y de las *Reflexiones sobre Terencio*, y una disertación sobre los *Sistemas de música de los antiguos*. Pero lo que le dió fama fueron sus *Pensées philosophiques* (*Pensamientos filosóficos*), publicados en 1746, en los que decía: «Quiero morir en la religión de mis padres... pero no puedo admitir la infalibilidad de la Iglesia mientras no se me demuestre la divinidad de las Escrituras.» Pronto, empero, fué mucho más lejos: su *Lettre sur les*

(1) De Holbach nació en 1723 y murió en 1789.

(2) Diderot nació en 1713 y murió en 1784.

*Aveugles à l'usage de ceux qui voient* (*Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*), publicada en 1749, es un manifiesto de ateísmo; y en un libro titulado *De l'interprétation de la nature* (*De la interpretación de la naturaleza*), que se publicó en 1754, explica el mundo por las transformaciones de la materia dotada de una fuerza eterna.

Diderot tenía una resistencia para el trabajo y una exuberancia extraordinarias. Muy robusto, «fornido co-



Dionisio Diderot, de la Academia de Ciencias de París

mo mozo de silla de manos,» con una frente despejada, ojos vivos y labios sensuales; desaliñado en su porte y en su lenguaje, violento y bueno; leal, pero de un celo indiscreto en sus amistades, prodigaba infatigablemente su fantasía en conversaciones, cartas, escritos de todas clases, diálogos, cuentos y disertaciones. «La cabeza de un Langrés, dijo, descansa sobre sus hombros como una veleta sobre un campanario; nunca está fija en un sitio y si vuelve al que ha dejado no es para estarse quieta en él.» Tenía una elocuencia impetuosa y parlanchina y una sensibilidad pronta á las lágrimas y á la admiración:

«Más me afectan los encantos de la virtud que las deformidades del vicio; si en un libro, en un carácter, en un cuadro, en una estatua hay un punto bello, allí se detienen mis ojos; sólo aquello veo, sólo de aquello me acuerdo; lo demás queda casi olvidado. ¡Imagínese lo que es de mí cuando es bello todo!»

Capaz de encontrar ideas profundas, no estaba en su modo de ser ni á veces entraba en sus propósitos des-envolverlas con paciencia y claridad; y, sin embargo, á él se le llamaba por excelencia «el filósofo,» no tanto por sus obras como por su genio y por el papel que desempeñaba y la autoridad que ejercía en el partido.

Ante todo, fué el hombre de la Enciclopedia, obra inmensa que concibió, dirigió y llevó á cabo. Esta publicación no había de ser, en un principio, más que una

traducción corregida y aumentada de la *Cyclopaedia or universal dictionary of the arts and science* (*Enciclopedia ó diccionario universal de las artes y ciencia*), publicada en 1727 en Inglaterra por Efraím Chambers. Los libros Briassón y Le Bretón, después de haberse dirigido á varios sabios, encomendaron en 1745 la empresa á Diderot, quien resolvió hacer un repertorio universal de los conocimientos humanos, que fuese al propio tiempo el manifiesto de un gran partido filosófico, y se asoció con de Alembert para compartir con él la dirección de este enorme trabajo.

Juan le Rond, llamado Alembert (1), era hijo natural del caballero Destouches y de la señora de Tencin; abandonado por su madre y criado por la mujer de un vidriero, pero dotado por su padre con una renta de mil doscientas libras, educóse en el colegio Mazarino; estudió derecho, medicina y principalmente matemáticas y á la edad de veintitrés años fué admitido en la Academia de Ciencias. En 1743 escribió un *Traité de mécanique* (*Tratado de mecánica*), del que se ha dicho que renovaba la ciencia del movimiento; su libro *Cause des Vents* (*Causa de los Vientos*), su *Théorie de la précession des équinoxes* (*Teoría de la precesión de los equinoccios*), su *Traité sur la résistance des fluides* (*Tratado sobre la resistencia de los fluidos*), sus *Recherches sur différents points importants des systèmes du monde* (*Investigaciones sobre diversos puntos importantes de los sistemas del mundo*), publicados en 1754, le colocaron en primera fila entre los sabios de su tiempo.

D'Alembert, dice Grimm (2), tenía «los ojos pequeños pero la mirada viva, la boca grande, una sonrisa finísima, un aire de tristeza y un no sé qué de imperioso,» un hábito de atención penetrante, un movimiento inquieto en las cejas y un sonido de voz «tan claro y tan agudo que se sospechaba de él que la naturaleza le había dispensado de hacer á la filosofía el sacrificio cruel que Orígenes se creyó obligado á hacerle.» Tenía un fondo inagotable «de ideas y de anécdotas;» no había materia «que él no tuviera el secreto de hacer intere-

(1) De Alembert nació en 1718 y murió en 1783.

(2) Federico Melchor Grimm, nacido en Ratisbona en 1723 y fallecido en Gotha en 1807, vino á Francia como preceptor de los hijos del conde de Schomberg. Presentado en el mundo de las letras por J. J. Rousseau, fué amigo de Diderot y amante de la señora de Epinay y, como éstos, riñó con Rousseau en 1757. Dióse á conocer como crítico musical, partidario de la música italiana contra la música francesa y publicó en 1753 el *Petit Prophète de Bohémischbrode* (*Pequeño Profeta de Bohémischbrode*); en el mismo año sucedió al abate Raynal en la redacción de una *Correspondencia* destinada á la duquesa de Sajonia-Gotha y á otros príncipes alemanes y después á la emperatriz Catalina y á los reyes de Suecia y de Polonia. Grimm informaba á los soberanos extranjeros sobre la vida parisiense, costumbres, modas, escándalos, política y libros nuevos, y supo hacerles interesarse por las ideas enciclopédicas y mostrarse á ellas favorables. Diderot y la señora de Epinay fueron á menudo sus colaboradores; en 1773 reemplazó Meister. La *Correspondencia*, que el público conocía por fragmentos, no se publicó hasta 1812. Grimm es un crítico perfectamente informado y uno de los extranjeros establecidos en Francia que mejor se han hecho cargo del ingenio francés y de los que con más elegancia han hablado nuestro idioma.

En la última mitad de su vida vióse colmado de honores: en 1774 estuvo en la corte de Catalina; en 1776 la dieta de Francfort eligióle ministro plenipotenciario cerca de la corte de Versalles y más tarde fué nombrado barón del Sacro Imperio. En 1790 hubo de abandonar París y Catalina le confió las funciones de ministro de Rusia cerca del círculo de la Baja Sajonia.

sante,» y en ocasiones hacía el «burlón,» imitando á los actores de la Comedia ó de la Ópera y mofándose de sus colegas de la Academia; de aquí que tuviera gran éxito en los salones, especialmente en el de la señorita de Lespinasse.

D'Alembert, que se contentaba con una renta de mil setecientas libras, prefirió su independencia á los ofrecimientos de Catalina y de Federico II, quienes le proponían: la una dirigir la educación del gran duque Pablo, y el otro suceder á Maupertuis en la presidencia de la Academia de Berlín. Cuando se hizo enciclopedista y filósofo, fué intolerante y sectario; la pasión antirreligiosa enfureció aquella alma fría.

Encargóse de escribir el *Discurso preliminar* de la obra, en el que explica el origen y la sucesión de los conocimientos humanos, clasifica las ciencias y las artes, á ejemplo de Bacón, según que dependan particularmente de una de las tres principales facultades, la memoria, la razón y la imaginación, y traza un cuadro de los progresos de la inteligencia humana desde el invento de la imprenta y la emigración á Occidente de los sabios del Bajo Imperio. Aquel prefacio excitó la admiración de los contemporáneos y la mereció como la merece todo gran esfuerzo de síntesis; pero el fondo resulta ahora muy anticuado y la forma no es á propósito para salvarlo del olvido, pues d'Alembert es un escritor pesado, seco y enfático.

La Enciclopedia, cuya elaboración duró veinte años, tiene diez y siete tomos de texto y once de láminas, cuatro de suplementos y dos de índices. Es naturalmente una obra desigual; hay en ella desproporciones chocantes, contradicciones de detalle y lapsus, y está inspirada en el espíritu práctico de los filósofos ingleses, de Bacón y de Locke. Éste había escrito «que no existen más conocimientos verdaderamente dignos de este nombre que los que conducen á un invento nuevo y útil, que enseñan á hacer algo mejor, más de prisa y más fácilmente que antes.» Diderot dedicó el mayor espacio á artículos sobre artes y oficios que él mismo revisaba y esta es la parte más original de la obra; fué secundado por el caballero de Jaucourt, que escribió casi la mitad de la Enciclopedia, y solicitó la colaboración de numerosos especialistas como Daubenton para la historia natural, Barthés y Tronchín para la medicina, du Marsais y Beauzee para la gramática, Marmontel para la literatura y Rousseau para la música. Además, todos los grandes ingenios de la época fueron invitados á redactar artículos.

En un principio, evitáronse las audacias demasiado manifiestas en los artículos de doctrina, y los mismos Diderot y d'Alembert firmaron algunos muy ortodoxos, recurrieron á sacerdotes y confiaron, por ejemplo, las palabras *Alma*, *Ateo* y *Dios* al padre Ivón, que, por otra parte, era liberal. Los autores empleaban la hipocresía cuando exponían enérgicamente, de manera que destacasen bien, tesis que ellos decían condenar; pero era imposible engañarse acerca del espíritu general de la obra, que está plagada de críticas durísimas de los abusos de todas clases y en la que, de día en día, fueron más numerosas las opiniones sensualistas y materialistas. De aquí que los enciclopedistas aparecieran comprometedores. Montesquieu declinó el ofrecimiento de los artículos *Democracia* y *Despotismo*; Buffón, que dió

en 1775 el artículo *Naturaleza*, no sentía simpatías por los enciclopedistas, y Voltaire, Duclós, Rousseau y Turgot se separaron sucesivamente del partido de los «*Cacouacs*,» ateos, cínicos y alborotadores.

Por otra parte, en cuanto apareció en 1751 el primer tomo, los jansenistas y los jesuitas se pusieron de acuerdo para atacar á escritores que destruían toda fe, susci-

logía, pero una sentencia del Consejo, de 7 de febrero de 1772, ordenó la destrucción de los dos tomos publicados de la Enciclopedia porque enseñaban el espíritu de rebeldía contra Dios, corrompían las costumbres y destruían la autoridad real. Diderot se puso de momento á salvo apelando á la fuga.

El gobierno, empero, no persistió mucho tiempo en



D'Alembert. Copia del grabado en cobre de P. Maleuvre, de 1775, hecho sobre el dibujo original de A. Pujos, de 1744

tándose con tal motivo graves contiendas. El abate Prades, á quien Diderot había incluido en el número de sus colaboradores, sostuvo en la Sorbona una tesis en la que, á propósito de la cronología del Génesis, parecía criticar los milagros. Fuese que el presidente de la tesis y el prior de la Sorbona habían puesto su firma en el libro sin leerlo ó que éste no fué juzgado sospechoso sino después de alguna reflexión, el caso es que el abate no fué denunciado hasta muchos días después de su conferencia. Insinuóse que asimilaba los milagros de Cristo á las curas de Esculapio y de Apolonio de Tyana y que Diderot le había sugerido proposiciones escandalosas, y la Sorbona, reunida en asamblea, condenó al abate Prades, sin oírle, por ochenta y dos votos contra cincuenta y cuatro y le declaró destituido de sus grados. Además, el arzobispo de París obtuvo una real orden de prisión contra él. Para substraerse á un decreto de arresto dado por el Parlamento, el abate huyó á Alemania. Diderot escribió en su favor una *Apo-*

este rigor, sino que empleó entre los dos partidos el sistema de balancín que tan á menudo había practicado con los jesuitas y los jansenistas. Un magistrado liberal, Lamoignon de Malesherbes, director que fué de la librería desde 1750 á 1763, favorecía casi abiertamente á los Filósofos, para quienes, además, constituía una protección el hecho de aparecer como un partido temible. Hacían su propaganda por medio de folletos y el público hallaba admirables todos los escritos que las pastorales de los obispos denunciaban. Al fin reanudóse la publicación en 1753 y continuó regularmente hasta el tomo VII que apareció en 1757. En el entretanto, d'Alembert había sido recibido en la Academia francesa y esta elección había constituido una victoria de los filósofos sobre el partido devoto.

Pero entonces el atentado de Damiens restituyó á los devotos su poder y se procedió con gran rigor contra las obras «sediciosas,» haciendo el Parlamento á los escritores una guerra en toda regla, en la que fueron